

ANT - XIX - 1288 / 10

DISCURSO
SOBRE
LA FUERZA INTRINSECA
DEL CATOLICISMO,

LEIDO

EL DIA 16 DE SETIEMBRE DE 1861

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

DEL

SEMINARIO CONCILIAR DE SEVILLA,

POR EL DOCTOR

DON FRANCISCO DE ASTORGA,

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA Y CATEDRÁTICO DE
TEOLOGÍA DOGMÁTICA.

SEVILLA:

*Imprenta: Librería Española y Extranjera,
calle de las Serpes núm. 35.*

1861.

950-

91

24ms.

R. 71. 228



Eminentísimo Señor:

HONRADO con el encargo de dirigir la palabra á esta porcion escogida, que se reune por el amor á las ciencias eclesiásticas y por el deseo de cultivarlas, no puedo menos de recordarle que en ocasiones semejantes ha recibido sabias y saludables instrucciones de otros labios mas autorizados que los mios. Los ilustres y distinguidos Prelados de esta metrópoli se han dignado en años precedentes levantar aquí su voz, escuchada con respetuosa docilidad por profesores y alumnos, y nos han abierto el camino por donde debiamos seguirlos. Así lo ejecutamos hoy, haciendo que resuene por primera vez en este sagrado

recinto la palabra del menor de los llamados naturalmente á este ejercicio literario. La empresa, atendida todas las circunstancias, es de difícil ejecucion; pero me he atrevido á subir á este lugar, firmemente persuadido de que la Religion á cuya enseñanza y defensa nos consagramos, me ofrecerá recursos oportunos para llenar el deber que desempeño; aunque la forma con que presente mis conceptos, diste mucho de corresponder á la dignidad del asunto y á la condicion de los oyentes.

El estado presente del mundo civilizado, los fuertes sacudimientos que con frecuencia se suceden, el continuo flujo y reflujo de los sistemas, el antagonismo de los partidos, los cambios trascendentales que se realizan, y la relacion que estas situaciones peligrosas y violentas tienen con el Catolicismo, me hacen fijar en él mis miradas y discurrir sobre la influencia que pueden tener en esta institucion divina los sucesos que nos sorprenden. Me he detenido en serias consideraciones sobre las propiedades que la distinguen, y el resultado ha sido una profunda admiracion al contemplar la fuerza que ha recibido de su Autor soberano.

El Catolicismo ha ostentado en el discurso de los siglos una fuerza incontrastable, con que se ha hecho superior á los mas rudos embates. Ha luchado con perseverancia, y ha atravesado las crisis mas formi-

dables, sin que sus enemigos hayan podido exterminarle, ni encadenar su bienhechora influencia. Una experiencia constante ha debido convencer á los mas incrédulos y escépticos de que le sostiene el brazo omnipotente; pero los hombres pensadores pueden extenderse aquí á consideraciones mas profundas, y admirar los designios que ha realizado el Altísimo. Además del poder de Dios que brilla en la conservacion prodigiosa del Catolicismo, se descubre igualmente en sus principios constitutivos la Sabiduría divina que los ha establecido de tal manera, que fuesen garantía de estabilidad. Nada mas digno de un filósofo cristiano que detenerse en el exámen de estos principios, que nos dan á conocer la índole de la Religion que profesamos. Yo me propongo analizarlos para haceros admirar su fuerza insuperable, y para que conozcais que estableciendo Dios el Catolicismo con el designio de que se conservase hasta la consumacion de los siglos, le dió una organizacion admirable, que impidiese su destruccion, y le hiciese sobrevivir á todas las instituciones. Le hizo fuerte é indefectible en la doctrina que enseña, en la organizacion que establece y en las virtudes que inspira.

Bastárale para superar todas las dificultades y triunfar de todos sus enemigos la constante proteccion que la Providencia le dispensa; pero además tiene en sí mismo causas poderosas de estabilidad, ordena-

das por la eterna Sabiduría, para que pudiese resistir invencible al través de los peligros y vicisitudes del mundo. Cuando todo parece que tiende á derruir el edificio místico de la Religion divina á quien es deudora la humanidad de inestimables beneficios, conviene que fijemos nuestra consideracion en los indestructibles cimientos sobre que está asentada: así nos confirmaremos en la profunda conviccion de que, si bien las dificultades pueden acrecentarse y los peligros multiplicarse, ella siempre resistirá vigorosa, y nunca será postrada.

1. **S**u doctrina es invariable como la verdad, y aunque ha luchado con el error que pretendia oscurecerla, ha salido siempre del combate tan pura como la enseñó Jesucristo, ostentando de este modo una fuerza divina. No puede la razon gloriarse de haber obtenido en sus producciones igual resultado, á pesar de los colosales esfuerzos que ha hecho para penetrar en los misteriosos senos de la naturaleza, y extender la esfera de los conocimientos humanos. Los filósofos tanto antiguos como modernos, entregados á profundas meditaciones, han formulado complicados sistemas, acreditando su privilegiada inteligencia y la fecundidad de sus recursos; pero obedeciendo al impulso de diversas circunstancias, han seguido opuestos rumbos. ¿Se descubre, por ventura, en los resultados

de sus investigaciones aquella uniformidad, que es prenda de solidéz?

Los sabios, á pesar de su amor á la verdad, no han podido ponerse de acuerdo en la mayor parte de las cuestiones que se han propuesto resolver, y disienten sobre doctrinas de importancia vital. Los frutos de sus trabajos debieron participar del influjo de las diversas circunstancias que los rodeaban. Los desiguales recursos con que contaban para instruirse, las preocupaciones de la época en que vivieron, la escaséz de antecedentes para discurrir con acierto, el deseo de singularizarse; estas y otras causas debieron producir y produjeron sistemas opuestos y un verdadero caos. La historia literaria no nos permite poner en duda esta verdad. En vista de tanta confusion de ideas, algunos han llegado á precipitarse en el escepticismo, y han caminado con planta incierta en la noche lóbrega de la duda, y otros aunque varones insignes y beneméritos de la filosofía y teología cristianas, han desconfiado en demasía de las inspiraciones de la razon.

Nosotros, aunque muy distantes de sacar las mismas consecuencias, no podemos menos de fijar nuestra atencion en las frecuentes vicisitudes que han sufrido los sistemas filosóficos mas acreditados. Despues de haber servido á los sabios como de punto de partida en sus tareas literarias, han caido en desuso,

dando lugar á nuevas ideas, que se han tenido por felices inspiraciones, y que á su vez han sido olvidadas por haberse creído necesario tomar otro rumbo para separarse del abismo del error.

Y ¿qué diré de la inconsecuencia de los que desentendiéndose de los principios revelados, y no queriendo mas faro que su razon, reprobaban fácilmente lo que antes habian aprobado, y por obedecer á su orgullo y lisonjear su vanidad incurren en vergonzosas contradicciones? Estas se hicieron notar muy especialmente en los filósofos del siglo pasado, á quienes muchos incautos prodigaron inmerecidos homenajes. Pasó el reinado de aquella filosofía hostil al Catolicismo; pero no por eso ha termidado la lucha de los sistemas, ni el encono de los partidos literarios y políticos, que continúa envolviendo en tinieblas las cuestiones mas importantes.

Cuando los conocimientos humanos se han elevado á una altura prodigiosa, y se han robado á la naturaleza los mas ocultos secretos; poniéndose el hombre en disposicion de emprender gigantescos proyectos que en los pasados siglos se hubieran tenido por delirios de cerebros enfermos; cuando se multiplican hasta el infinito y se difunden por medio de la prensa los productos de una portentosa actividad intelectual; á pesar de tantos progresos científicos, se han reproducido los errores mas groseros de los antiguos filó-

sofos, y se han inventado teorías absurdas, que en vez de difundir la luz en los arcanos de la naturaleza, han hecho mas difícil el conocimiento de la verdad. Los errores se revisten de mil formas; las doctrinas mas fundadas se someten á discusion, y en estas continuas vicisitudes vacilan los fundamentos del saber, y los altos principios de las ciencias pierden la fuerza é influencia que necesitan para contribuir con felices y permanentes resultados al bienestar de los pueblos.

Estos frecuentes cambios que han sufrido las doctrinas de los filósofos antiguos y modernos, han tenido igualmente lugar en las heregías de todos los siglos. Buscar en ellas unidad de creencias sería una pretension vana. Habiéndose emancipado de la autoridad de la Iglesia, han debido ofrecer el espectáculo de las variaciones á que fácilmente se presta la razon, cuando todo quiere deberlo á sí misma. Basta examinar las diversas fases que ha presentado el Protestantismo desde su aparicion, las innumerables sectas en que se ha fraccionado, los numerosos símbolos que ha formulado y la anarquía que se observa en la exposicion de sus dogmas. ¿Qué resta de los primitivos principios de la Reforma? ¿Cuál de las verdades fundamentales del Cristianismo no ha sido en ella fuertemente combatida? ¿Qué es hoy la Iglesia reformada? Díganoslo sus mismos hijos. «Si Lutero se levantara de la tumba, dice uno de

ellos, no le sería posible reconocer por miembros de su Iglesia á los doctores que se dicen sucesores suyos.» (*) «Es tanta, dice otro, la diferencia que media entre los protestantes antiguos y los modernos, que si volviera Lutero, sin duda protestaria contra el nuevo Protestantismo, de la misma manera que los nuevos teólogos reformados han manifestado mil veces su resolucion de librar al Protestantismo de la tiranía de Lutero.» (**) El reinado de la heregía ha presentado siempre el mismo carácter. La unidad jamás ha sido el patrimonio de los hereges. Los prosélitos del error, haciendo alarde de independenciam en materias doctrinales, reforman los dogmas enseñados por sus maestros, como estos reformaron los verdaderos dogmas enseñados por la Iglesia católica.

Al frente de este cuadro, que no es difícil calificar, podemos trazar otro, que ofrece por cierto un notable contraste. La inflexible firmeza con que se ha sostenido una misma fé en el seno del Catolicismo desde los tiempos apostólicos, es uno de los cuadros mas sorprendentes que nos presenta la historia. El Apóstol decia á los fieles de Corinto: «Os ruego, hermanos, por el nombre de Ntro. Sr. Jesucristo, que todos digais lo mismo, y que no haya divisiones entre vosotros.» (***)

(*) Reinhard, Homil. pour l'annivers. de la Reformat. 1810.

(**) Souvenirs de l'hist. de la Reforme Allemande, 1814, c. 2, pág. 727.

(***) 1. Ep. 1. v. 10.

Hé aquí el carácter de los verdaderos creyentes, por el que se han distinguido siempre de los sectarios del error. En medio de las modificaciones que han sufrido todos los sistemas, el símbolo católico ha permanecido inalterable á pesar de la obstinacion con que ha sido combatido por sus poderosos adversarios.

Se han empleado contra él armas de todo género; pero no han servido mas que para aumentar el número y la gloria de sus triunfos. La heregía, tomando variadas formas, ha multiplicado sus ataques: la impiedad ha hecho inauditos esfuerzos para derrocar el robusto edificio de la Religion revelada; pero la Iglesia ha luchado con invariable constancia, y ha conservado en su primitiva pureza el depósito de las creencias católicas. Los Prelados, cuya mision es enseñar á los pueblos y preservarlos de que sean arrebatados de todo viento de doctrina, han vigilado como centinelas avanzados de la fé, para que el hombre enemigo no derrame la cizaña del error, ahogando el trigo del Evangelio.

El resultado de estos desvelos ha sido prodigioso. El cuerpo de doctrina que hoy propone la Iglesia á la creencia de los fieles, es idénticamente el mismo que proponia en los primeros siglos. Por escrupuloso que sea el exámen comparativo que se haga entre las profesiones de fé antiguas y modernas, no podrá

menos de descubrirse la mas perfecta uniformidad. Cuando los hereges han pretendido probar que sus principios eran los de la antigüedad, inculcando á la Iglesia de haberse desviado de la senda trazada por los primeros Padres, esta ha levantado su voz, y ha defendido sus indisputables derechos. Se han consultado y desenvuelto los monumentos de la Tradicion, y se han visto respetados en todas las edades los mismos dogmas que hoy profesamos. Despues de los grandes trabajos realizados no puede negarse sin temeridad, que nuestra fé está fundada en los divinos oráculos consignados en las sagradas letras, y que es la misma que profesaron los Apóstoles, que enseñaron los Padres, y que nos han trasmitido los doctores de los demás siglos. Esta uniformidad es uno de los caractéres mas brillantes de la verdad católica y una prueba incontestable de su fuerza. Ella ha ejercido y ejercerá siempre su poderoso influjo, y se conservará en toda su integridad y pureza á pesar de la ciega y obstinada oposicion de sus enemigos; porque la unidad, que es una de sus condiciones esenciales, es un principio de fuerza. La division debilita y enerva; la unidad robustece y consolida.

El fenómeno admirable de la uniformidad de la doctrina del Catolicismo no es un hecho que pueda atribuirse á causas transitorias: tiene un fundamento indestructible en el orden establecido por Jesucristo



en su Iglesia. Aquí no pueden alterarse las verdaderas creencias, porque la enseñanza de la verdad será permanente hasta la consumacion de los siglos. El depósito de la fé se conservará siempre intacto é inmutable, porque está confiado á una autoridad que nunca muere, y que dirigida por el Espíritu de verdad, no puede ser maestra del error. Los sectarios rehusando someterse á ella, y prefiriendo seguir sus opiniones privadas, dieron principio á una dilatada série de monstruosas aberraciones, que la fé ha condenado y el buen sentido ha rechazado, y con que han deprimido la alteza de la razon. Opusieron resistencia á la autoridad, que es la regla próxima de fé de los verdaderos creyentes, y esta fué la causa de su apostasía y de sus lamentables extravíos.

Los protestantes manifestaron sin disimulo que estas eran sus tendencias, erigiendo en dogma la independencia del espíritu privado ó de la razon individual en la explicacion de la sagrada Escritura; el libre exámen para juzgar definitivamente sobre las doctrinas que debe profesar el cristiano. Desde el principio de la Reforma pudo conocerse el caos que estas atrevidas pretensiones debian producir en las materias religiosas. El espíritu privado sugirió á Lutero un sistema de Religion; á Zwinglio inspiró ideas contrarias: Calvino guiado por el mismo principio, tomó nuevos senderos, y en uso de la misma libertad

los discípulos de estos han marchado en diversa direccion, habiendo ofrecido al mundo el escandaloso espectáculo de combatir los dogmas cardinales del Cristianismo, y honrarse al mismo tiempo con el nombre de cristianos. El término de estos repetidos cambios ha sido el racionalismo, expresion última de la rebelion de la humana inteligencia contra la palabra de Dios y la autoridad infalible de la Iglesia.

Si Jesucristo hubiera dejado su Religion á merced de las inconsecuencias de la razon individual, ¿hubiera atravesado tantos siglos sin haber perdido nada de su primitiva integridad? No quiso el Salvador que su doctrina descansase en un fundamento tan deleznable. A la autoridad indefectible de la Iglesia dejó confiado el depósito venerando de la doctrina del Catolicismo. El cuerpo universal de los Pastores unidos á su cabeza el Soberano Pontífice, ha sido autorizado para enseñarla. Le está cometida la conservacion de la verdadera palabra de Dios tanto escrita como tradicional, y ha recibido la mision de determinar su genuino sentido, pudiendo exigir de todos la sumision mas rendida. Cuando se trata de cuestiones religiosas, decide como juez supremo de las controversias dogmáticas y como tribunal inapelable. «Id, les dice Jesucristo á sus discípulos, enseñad á todas las naciones; purificad á los hombres en las aguas de la regeneracion, é intimadles la puntual observancia de cuanto os he mandado,

Cuando os dediqueis á las funciones de vuestro importante ministerio, yo estaré á vuestro lado, y permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos. (*)

Esta asistencia que se prometió á los maestros de la verdad revelada, se ha hecho harto sensible en todo el tiempo que hasta nuestros dias ha trascurrido. Sin ella la diferencia de hábitos, de cultura, de principios é intereses, que han cambiado en las diversas edades de la Iglesia, hubiera alterado el depósito de la fé. Esta ha resistido á todas las pruebas, porque por institucion divina el Romano Pontífice y los demás Pastores á él unidos tienen siempre en sus manos la antorcha que disipa las tinieblas de los errores, y da á conocer los dogmas que deben profesarse por todos los que deseen permanecer adheridos á la verdadera doctrina de Jesucristo. Guiados los pueblos por tan bello resplandor, han podido distinguir la palabra de Dios de la de los hombres, y constantes en las creencias católicas, han seguido recibiendo de Cristo la influencia saludable de la verdad y de la gracia. No se han adulterado los principios católicos, porque se ha escuchado dócilmente la voz de la Iglesia de Dios vivo, que es «columna y apoyo de la verdad,» como dice el Apóstol. (**)

(*) Matt. 28, vv. 19 et 20.

(**) 1. Tim. 3, v. 15.

Si su autoridad no hubiese intervenido, ¿no se habrían multiplicado los extravíos de la razón á causa de su impotencia para penetrar en los profundos arcanos de la Religion revelada? Es indudable que la revelacion ni es ni puede ser contraria á la razon, porque estas dos fuentes de la verdad tienen un mismo origen, que es Dios; pero es igualmente cierto, que la primera en muchas cosas es superior á la segunda. La naturaleza del objeto principal de la doctrina revelada no nos permite poner en duda esta verdad. La Religion nos eleva al Ser Supremo, al abismo insondable de todas las perfecciones; á aquel que habita una luz inaccesible; al que está cubierto con un velo que al mortal no le es dado descorrer; al que es infinito en su esencia, y por tanto incomprendible á nuestro limitado entendimiento. Para penetrar en este piélago insondable no alcanzan las reducidas fuerzas de la inteligencia humana. Marchando sola por este pais desconocido, se expone á caer á cada paso en lamentables extravíos. Sin salir de los límites de la naturaleza criada, hallan los sabios con frecuencia dificultades insuperables, que los dividen en diversas escuelas, y les hacen comprender la debilidad de sus facultades naturales. Y si el exámen de los seres de la inmensa creacion ofrece tan serios obstáculos á las investigaciones de la razon; si detiene el vuelo de las inteligencias mas privilegiadas; ¿no deberán experi-

mentarse mayores dificultades, cuando se trate de objetos pertenecientes á un órden sobrenatural y á un Ser infinito, inaccesible á nuestros reducidos alcances? La razon no es competente para discurrir por sí sola en cuestiones de este género. Debe confesar su impotencia, y someterse con reverente sumision al juez supremo de las controversias, cuya mision es velar por la integridad de la fé, é impedir que se desnaturalice el Catolicismo por el espíritu de orgullo ó el amor de la novedad.

En este órden establecido por Jesucristo brillan los designios admirables de una Sabiduría portentosa que no descuida la adopcion de los medios oportunos para llegar al fin que se propone. Revelar verdades superiores á nuestros alcances, y dejarlas á merced de una razon que en saliendo de sus límites naturales, se constituye en un peligro inmediato de precipitarse en el error, sería enviar la luz para que muy en breve desapareciese en medio de las tinieblas. La sabia Providencia no ha podido dejarnos expuestos á la incertidumbre que nace del choque de las opiniones, en los principios capitales de la Religion que estamos obligados á profesar. Nuestra fé se funda en la autoridad, y no podia ser de otra manera, si habia de fijar la inconstancia del entendimiento humano, y habia de tener una garantía segura de verdad en medio de la obscuridad inherente á las doctrinas que

se refieren al impenetrable abismo de la Divinidad.

Pero tal vez se dirá que de este modo se encadena la actividad de nuestra inteligencia, y se condena al hombre á la inmovilidad, cerrándole el camino del progreso. Los que así discurren, no conocen la condicion de esa autoridad, colocada por Dios al frente de los pueblos para darles á conocer las verdades religiosas. Ella enseña asistida por el divino Espíritu, que, como dijo Jesucristo á sus discípulos, «cuando viniese, les habia de enseñar toda verdad.» (*) Por tanto, cuando la Iglesia exige una dócil sumision á sus definiciones, no pretende condenar el ejercicio saludable de la razon, sino guiarla é ilustrarla con una luz superior, para que proceda con mayor seguridad en sus investigaciones. Su autoridad es divina é infalible, y por tanto debe considerarse como el escudo de la doctrina católica, y digna de que prestemos á sus decisiones el homenaje de nuestro firme asenso.

Si ella no hubiese sido asistida por el Espíritu de sabiduría, habria incurrido con frecuencia en contradicciones, y su enseñanza no hubiera sido uniforme; pero la estabilidad inalterable de sus principios no nos permite dudar de la asistencia divina que constantemente la ha guiado, para que no sufriese detrimento el depósito sagrado de las doctrinas reveladas.

(*) Joan. 16, v. 13.

Los sectarios modifican sin cesar sus creencias, porque carecen de una regla de fé sólida, inmutable é infalible; pero los católicos han mostrado con la perpétua uniformidad de sus dogmas religiosos, que los fundamentos sobre que descansa su fé son mas fuertes que los atractivos de la novedad, la inconstancia de los hombres, las agresiones de los hijos del error y la poderosa influencia del tiempo, que todo lo consume!

En vista de las reflexiones que me acabo de permitir, no puedo menos de admirar la fuerza intrínseca del Catolicismo, que se descubre en la conservacion prodigiosa de su doctrina y en la causa permanente de esta conservacion. La organizacion que ha establecido, es otro principio de fuerza y otra causa poderosa que contribuirá siempre á que sus enemigos no puedan destruirle.

2. LA doctrina católica tiene por objeto la práctica del bien y la salud eterna de los que la profesan. Para que se obtuviesen estos fines, se dignó Jesucristo encomendar los intereses religiosos á la solicitud paternal de los Prelados, que colocó al frente de su Iglesia. Les confirió altas prerogativas y las facultades convenientes para el gobierno espiritual de los pueblos; organizando el poder eclesiástico de tal manera que pudiese oponer una resistencia insupera-

ble á los enemigos de la verdad y de la virtud. Yo veo á los Obispos unidos entre sí con los vínculos mas estrechos, y robustecidos con el lazo de la unidad, y ya no extraño que se hayan estrellado en su fortaleza los inauditos y poderosos esfuerzos á que en todos los siglos han tenido que resistir. Esta unidad es la salvaguardia de los intereses sagrados de la Religion y una garantía de triunfo en los tiempos peligrosos; por carecer de ella los sectarios han venido á caer en la impotencia.

Sus aspiraciones á emanciparse de la autoridad, y conquistar á su razon una funesta independencía, han producido en ellos una colision continua de intereses opuestos, que no ha podido menos de enervar su vigor y menoscabar su inflnjo. Viéndose sin fuerza vital para sostener su existencia precaria, han solido buscar fuera de sí los recursos de que carecian, entregándose á merced de los potentados de la tierra; pero buscando proteccion, hallaron cadenas; buscando defensores, hallaron dominadores; deseando procurarse amigos encontraron señores; anhelando independencía, hallaron vergonzosa servidumbre.

El espíritu de rebelion contra los derechos inalienables de Roma produjo el cisma de Oriente. Los Patriarcas de Constantinopla despues de haber obtenido numerosos privilegios y ambicionado otros que hubieron de hallar resistencia en los sucesores de

S. Pedro, rompieron los vínculos con que estaban asidos al centro de la unidad, y se adjudicaron en las provincias orientales una supremacía, que ha sufrido las vicisitudes propias de toda institucion religiosa opuesta á la palabra de Dios. Este cisma ha sufrido divisiones: las iglesias adheridas á él se han separado en fracciones independientes, que marchan privadas de la vida que reciben de Roma todos los miembros del cuerpo místico de Cristo.

En esta situacion no han podido los griegos conservar la pureza de la fé, y aunque se dan á sí mismos el nombre de «ortodoxos,» su pretendida ortodoxía no les ha impedido adherirse á errores contrarios á la tradicion de sus antiguos doctores. El uso frecuente de las obras de los hereges les ha inoculado doctrinas heréticas, como se ha observado principalmente en la iglesia de Rusia con respecto á las opiniones reprobadas de los protestantes.

Las iglesias cismáticas con la fé han perdido la libertad, y en vez del yugo de Roma que han sacudido, tienen que tolerar la dominacion de poderosos monarcas, que por sí ó por medio de sus sínodos les imponen su voluntad soberana. Carecen de vida propia, y por eso les es imposible una resistencia vigorosa y constante.

El Protestantismo se declaró en abierta lucha contra el poder de Roma; desplegando un fanatismo feroz

en la realizacion de sus proyectos. Los promovedores de esta grande insurreccion se coligaron con los príncipes á quienes procuraron interesar con detrimento de los derechos de la Iglesia. La obra de destruccion, apellidada «Reforma,» se llevó adelante con una actividad infatigable; pero las consecuencias fueron funestas para los partidarios del error. Constituidos bajo el patrocinio de los monarcas, fueron consecuentes al concederles derechos sobre las cosas sagradas. La Iglesia habia reconocido en los emperadores y demás príncipes cristianos el deber de protegerla; pero poseida de la conciencia de su potestad y de su fuerza, siempre habia rehusado considerarlos como legítimos dominadores, que tuviesen intervencion en el ejercicio de la jurisdiccion espiritual. Los protestantes, por el contrario, cuya existencia estaba pendiente de la proteccion de los príncipes, pusieron en sus manos los mas caros intereses de la Religion, y así quedaron sometidos á la mas abyecta esclavitud. Por eso los príncipes protestantes han formado símbolos, han ordenado ritos, y se han declarado gefes supremos de la Iglesia para disponer á su arbitrio de la doctrina y de los sacramentos, é imponer á sus pueblos los delirios que habian concebido en materias religiosas.

Esta debilidad y dependencia están muy lejos de poderse conciliar con la idea que los Libros Santos y la Tradicion nos han presentado de la verdadera Igle-

sia. Nos han dado á conocer en ella un cuerpo de Pastores tan sólidamente enlazados con el vínculo de la unidad, que han podido siempre resistir á los golpes de sus poderosos enemigos. Envió Jesucristo á sus discípulos para que anunciassen por todas partes el Evangelio de la salud, y sacasen á los pueblos de las tinieblas de la infidelidad. Esta obra no habia de concluir con la muerte de los primeros operarios, pues habia de continuarse en la sucesion de los siglos, hasta que predicado en todo el universo el Evangelio del reino, llegase el fin, como dijo el Salvador. (*) A los Apóstoles sucedieron los Obispos, que se consagraron á la misma obra, y han seguido ejerciendo la jurisdiccion espiritual, segun las facultades que respectivamente les habian adjudicado las prescripciones del derecho divino y los sagrados cánones. «Mirad per vosotros, decía S. Pablo, y por todo el rebaño, sobre el que el Espíritu Santo os ha constituido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios, que la adquirió con su sangre.» (**) El concilio de Trento reconoce en estas palabras las facultades eminentes conferidas por Dios á los Prelados para el gobierno de la Iglesia. (***) Los Padres y los concilios tanto antiguos como modernos han declarado que el

(*) Matt. 24 v. 14.

(**) Act. 20 v. 28.

(***) Sess. 23 cap. 4.

régimen eclesiástico pertenece á los Obispos, y la posesion constante es una prueba incontestable de este derecho.

Pero debiendo conservarse en el gobierno de la Iglesia el órden, que es una prenda de estabilidad, dispuso la Sabiduría divina, que entre los Prelados estuviese uno investido de la dignidad de gefe supremo, para que se evitasen las ocasiones de cisma, como reflexiona el P. S. Gerónimo: (*) en Pedro tuvo principio esta sublime distincion. Recibió de su divino Maestro la primacia de honor y jurisdiccion sobre sus compañeros y el soberano pontificado sobre toda la Iglesia, que se ha trasmitido á sus legítimos sucesores, y se conservará hasta la consumacion de los siglos.

Este Apóstol ilustrado de lo alto pudo conocer y confesó la divinidad de Jesucristo, y por eso mereció que este Señor le llamase «dichoso» por haber recibido la divina inspiracion, y que le declarase su predileccion, manifestándole que le constituia piedra sobre que habia de levantar el edificio de su Iglesia con tal solidez que contra ella jamás prevalecerian las puertas del infierno; añadiéndole que pondria en sus manos las llaves del reino de los cielos, y que su autoridad habia de ser tan portentosa, que cuanto ligase en la tierra, se tendria por ligado en el cielo, y

(*) Lib. 1. contra Jovin. n. 26.

cuanto desatase sobre la tierra, se tendria por desatado en el cielo. (*) Estos oráculos ¿son por ventura de tal naturaleza que pueda ponerse en duda su verdadero sentido? Desde los tiempos apostólicos fue acatado el grande privilegio de Pedro, y todas las iglesias han reconocido la superioridad de aquella en que el Príncipe de los Apóstoles dejó establecida la silla primacial.

Desde los primeros concilios se ve á Pedro ejerciendo la presidencia. La Iglesia no opone resistencia al ejercicio de esta autoridad; por el contrario, en todas partes resuena un lenguaje unánime de respeto y acatamiento á Pedro y á sus sucesores. Se protesta la mas firme adhesion á la principalidad del poder con que han sido condecorados, y por una tradicion no interrumpida descubrimos que el supremo Apostolado de Pedro ha recibido en todos los siglos los homenajes del pueblo cristiano.

Jesucristo constituyó á Pedro pastor de todo el rebaño. Le dió potestad para apacentar los corderos y las ovejas, los hijos y las madres; á los simples fieles y á los Obispos, que son pastores respecto de los pueblos, y ovejas respecto de Pedro, como dice el célebre Bossuet. (**) Los católicos poseidos de esta creencia, se han considerado siempre como ove-

(*) Matt. 16.

(**) Serm. sobre la Unidad.

Las sometidas á la direccion del supremo Pastor, á quien han recurrido en sus necesidades, y cuyas decisiones han acogido con reverente sumision. En las cuestiones mas importantes de Religion se ha solicitado el fallo del Sucesor de S. Pedro, y cuando Roma ha pronunciado su definicion solemne, toda causa se ha tenido por terminada. (*) Bajo la influencia de la Silla Apostólica se ha ido desenvolviendo la obra de Dios, y no han dejado de brillar las piedades del Eterno. Los que no han obedecido á la direccion marcada por el cayado del Pastor de los Pastores, han sufrido las consecuencias de su punible orgullo, encontrando la muerte del error donde buscaban la vida de la verdad.

En la Cátedra Suprema se ha conservado en todo su esplendor la verdadera doctrina de Jesucristo á pesar de las dificultades aterradoras que se han ido sucediendo; porque en ella la fé no podia sufrir detrimento, segun el lenguaje del P. San Bernardo. (**) Cualquiera defeccion en materia tan vital supondria que puede ser derrocada la piedra sobre que está edificada la Iglesia, y que este edificio misterioso carece de la solidez acreditada por el espacio de mas de diez y ocho siglos.

Pero aunque la experiencia no probara suficien-

(*) S. Aug. Serm. 431 n. 10.

(**) Ep. 190 ad Innocent. II.

temente que este cimiento es indestructible, y que la union de los Obispos con el Vicario de Cristo constituye una fuerza insuperable, bastaria á los hombres pensadores fijar sus miradas en la influencia de la autoridad pontificia sobre todos los Prelados y sobre toda la Iglesia para descubrir en esta una fuerza admirable de organizacion, que la distingue de todas las sectas disidentes. El Sucesor de S. Pedro robustece el cuerpo maravilloso de la Iglesia, enlazando todas sus partes. Todo lo que en ella se ejecuta tiene íntima relacion con la autoridad de Pedro, á la que en el órden espiritual todo está subordinado, segun la institucion de Cristo. Los demás Pastores ejercen una jurisdiccion propia en los rebaños que les han sido confiados; pero si en este ejercicio pretendiesen obrar con independenciam de la autoridad pontificia, se separarian del centro de la unidad, y caerian en los horrores del cisma. No pertenece al cuerpo de Cristo el que no está unido á la Cabeza visible de la Iglesia: donde no influye este principio vivificador, solo se encuentra la muerte.

Los Obispos participan de la potestad de las llaves; pero es necesario confesar que han recibido esta prerogativa bajo el poderoso influjo del Primado. No es necesario para explicar esta doctrina que nos ocupemos de las opiniones de los teólogos y canonistas sobre el origen de la judiccion episcopal: cual-

quiera que sea el dictámen que se adopte, no es posible desconocer la intervencion del supremo Pontificado en la creacion de las autoridades eclesiásticas; intervencion reconocida en la Iglesia desde los primeros siglos, y confirmada por los monumentos mas venerables de la antigüedad.

Segun ellos la autoridad episcopal es una emanacion del poder supremo, depositado por Jesucristo en manos de S. Pedro. Tertuliano tan próximo á los tiempos apostólicos y testigo tan célebre y autorizado de la Tradicion, decia: «El Señor dejó las llaves á Pedro y por él á la Iglesia.» (') No es fácil citar un testimonio mas terminante de la doctrina que voy exponiendo. Si no hallásemos otros documentos antiguos que estuviesen en armonía con el que acabo de aducir, podria decirse que Tertuliano habia traspasado los límites de la verdad con un lenguaje hiperbólico; mas es indudable que su doctrina aparece con frecuencia consignada en los escritos de los Padres y doctores.

S. Optato Milevitano decia, que para la conservacion de la unidad mereció Pedro ser preferido á todos los Apóstoles, y que recibió solo las llaves del reino de los cielos para comunicarlas á los demás. (**) San Cipriano habia profesado los mismos principios. Des-

(*) Scorpia. c. 10.

(**) Lib. 7. contra Parmenian. n. 3.

pues de haber asegurado que el Señor estableció el honor del episcopado cuando dijo á Pedro: «Yo te digo que eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,» con todo lo demás que sobre el mismo punto añade el Evangelio, concluye: «De aquí procede en la sucesion de los tiempos la ordenacion de los Obispos y la forma de la Iglesia, para que esta sea establecida sobre los mismos Obispos.» (*) ¿Quién desconoce aquí la influencia directa de la Santa Sede en la investidura de los grandes funcionarios que rijen los destinos del pueblo cristiano? El P. S. Agustin tenia formado igual concepto de la autoridad de los sucesores de S. Pedro. Confesaba que la potestad episcopal que ejercia, habia procedido de Jesucristo, pero por medio de Pedro. «El Señor nos ha confiado sus ovejas, decia, porque las confió á Pedro.» (**). Finalmente, esta doctrina fué enseñada sin contradiccion por S. Gregorio Niseno, cuando dijo que «Jesucristo dió á los Obispos por medio de Pedro las llaves del reino de los cielos.» (***)

Los Prelados y escritores mas distinguidos de la antigüedad no rehusaron tributar estos homenajes de adhesion á los privilegios de la Santa Sede; ¡y despues de trascurridos tantos siglos se intenta turbarla en la

(*) Ep. 33.

(**) Serm. 296, n. 11.

(***) Oper. S. Greg. Nissen. t. 3, p. 314, edit. Paris.

posesion de sus sagrados derechos! ¡y se formulan sistemas en que se arreglan de un modo arbitrario las relaciones del primer Pastor con los demas que le deben respetuosa subordinacion! Se hacen esfuerzos para debilitar el cimiento, y se quiere que de esta manera se consolide el edificio, como si esto pudiera conseguirse por medios contrarios á la institucion de Cristo. Las partes de esta obra divina están enlazadas por el Pastor universal, que es la raiz y oríjen de la unidad. Si faltase su influencia, las iglesias particulares carecerian del gobierno de Pastores legitimos: por el contrario su solicitud paternal provee á cada rebaño de su inmediato Pastor, que mientras permanezca unido al Vicario de Jesucristo, conserva sus sagrados derechos, ora esté sufriendo los golpes violentos de poderosos enemigos, ora esté condenado al ostracismo. La fuerza material es impotente para destruir la fuerza intrínseca que Jesucristo comunicó al gobierno de su Iglesia. La union de los Obispos con su Cabeza está sólidamente fundada en la conciencia y no en el poder material: la conciencia misma impide que se rompan esos sagrados vínculos.

¿Qué sería un Obispo separado de la comunion con la Santa Sede? No podria franquear á los fieles el tesoro de las indulgencias; no podria dispensar á los pecadores el beneficio de la reconciliacion por medio del sacramento de la Penitencia, ni autorizar á

los presbíteros para la administracion válida de este sacramento. Nombraria párrocos; pero carecerian de la legitimidad que se requiere para la validez de actos trascendentales. Los Prelados constituidos en tan lamentable situacion no pueden ejercer la potestad jurisdiccional, porque carecen de ella por falta de mision. Su esterilidad habrá de perpetuarse, si no procuran ingerirse al tronco de donde se recibe el jugo vivificante. Esta es la suerte infortunada de los obispos de Utrecht. No han podido tener mision, porque no la han recibido del Primado de la Iglesia universal; y por tanto, si no queman lo que han adorado, y adoran lo que han quemado, aquel desgraciado país permanecerá envuelto en los horrores del cisma. Del centro de la unidad parte la legítima mision; léjos de él es imposible encontrarla.

En este vínculo de comunicacion que une los miembros con la cabeza, no puede menos de divisarse la robustez inflexible de la organizacion de la Iglesia. A no ser por la necesidad imprescindible de este vínculo, con frecuencia se harian tentativas para romper la unidad. El orgullo formularia pruebas para disculpar una indócil resistencia. Los que desearan rechazar la subordinacion, realizarian proyectos cismáticos, especialmente cuando contasen con poderosos patronos. No les faltarian pretextos para levantar el estandarte de la rebelion y sacudir el yugo de Roma.

Pero la doctrina católica opone á la ambicion un dique insuperable. El que se siente inclinado á escalar el solio episcopal, ó á prescindir en él de la autoridad pontificia, ve que le asalta la gravísima consideracion de que va á quedar sin la mision legítima, y que por tanto no tendrán validez sus actos jurisdiccionales, y serán un verdadero crimen de mortal influjo para el pueblo. Los que han saludado los principios del derecho eclesiástico, no pueden dejar de conocer la falsa posicion en que van á colocarse, si quedan separados del centro de unidad para vivir en una funesta independencia.

Los Obispos de la iglesia llamada «constitucional» de Francia ofrecen un ejemplar aterrador á los pueblos católicos. Orgullosos con la proteccion de los poderes públicos, se desentendieron de la indispensable intervencion de Roma, y se lanzaron á organizar las iglesias en virtud de facultades quiméricas que arbitrariamente se atribuian; pero proscritos por el Vicario de Jesucristo, y perseguidos por el desprecio y la animadversion del pueblo fiel, desaparecieron de la escena cubiertos de ignominia; teniéndose por de ningun valor los actos que se habian permitido en el uso de su pretendida jurisdiccion. El temor de precipitarse en este abismo es un obstáculo poderoso para romper los lazos estrechos que unen á los Prelados con la cátedra de S. Pedro. El poder divino del

Primado establece sólidamente esta unidad entre todos los Pastores que tienen parte en el gobierno de la Iglesia, y el temor de las consecuencias funestas que habian de originarse, impide la division; siendo el resultado de todo una organizacion indestructible, prueba evidente de la fuerza intrínseca del Catolicismo, que no solo es el principio de tan maravilloso enlace, sino además inspira virtudes en que puede vislumbrarse esa fuerza.

3. **U**NA Religion que ha emanado del amor de Dios á los míseros mortales, no es de extrañar que funde sus preceptos principalmente en el amor. Toda la ley está comprendida en el amor de Dios y del prógimo, como enseña el Evangelio. (*) En este se nos invita á dar á Dios todo nuestro corazon, y á ejercitarnos en los dulces encantos de la santa dileccion. Se nos ordena igualmente que seamos solícitos en el ejercicio del amor á nuestros prógimos. En el cumplimiento de estos dos preceptos tiene el Catolicismo dos robustas palancas que le comunican una fuerza prodigiosa. Sin el amor quedarian entregados al olvido y á un indiferentismo glacial los intereses de la verdadera Religion; pero con él resplandece la fé, y se sostiene á pesar de los trastornos sociales.

(*) Matt. 22, v. 40.

Dios es la fuente del amor. La caridad, como dice el Apóstol, se derrama en los corazones por el Espíritu Santo que se nos da. (*) Este amor fomentado en los pechos cristianos ha realizado estupendos prodigios. Los Apóstoles le recibieron en el día de Pentecostés, é inmediatamente fueron transformados en hombres nuevos, y comenzaron á ostentar un valor desusado, que les hizo arrostrar los peligros, sufrir los tormentos y tolerar la muerte, antes que hacer traicion á sus sagrados deberes. Las almas poseidas del amor santo han multiplicado en el discurso de los siglos las acciones heróicas que la Iglesia recuerda con júbilo, y celebra con ardoroso entusiasmo. Jamás ha estado ella privada de la acción de este fuego sacrosanto: siempre ha contado en su seno numerosos hijos que animados del espíritu de caridad, han estado dispuestos á sacrificarse con heroísmo por no faltar á las leyes del amor. Este espíritu va siempre acompañado de la docilidad cristiana y de la obediencia á los divinos mandatos, y es un fuerte estímulo para consagrarse á las prácticas de Religion, que son una prenda de la conservación de la fé.

Se puede concebir que caiga en el abismo de la incredulidad el que mira con desden las prácticas piadosas, y rehusa consagrarse á ellas, como conviene

(*) Rom. 5, v. 5.

á un cristiano; el que apenas se acuerda de la obligacion que tiene de ofrecer á Dios, de cuyas manos ha salido, el humilde homenaje de su reverencia, reconocimiento y amor; pero muy difícilmente se concibe que se precipite en una sima tan espantosa el que desde su juventud ha sido conducido por los senderos de la piedad; el que frecuenta los templos, y se complace en la participacion de los santos sacramentos; el que escucha con humildad la divina palabra, y se emplea en la lectura de los libros con que se fomenta la piedad; el que tiene siempre presente la idea del Criador, cuyas perfecciones resplandecen en las criaturas; el que por la consideracion de las cosas criadas se eleva á la admiracion del Ser infinito que las ha extraido de la nada; el que conserva en su llagado corazon las heridas del amor divino, abiertas por medio de los ejercicios de Religion y sostenidas por una vida arreglada á los preceptos del Cristianismo.

Los que se hallan en el venturoso estado que acabo de describir, están fuertemente adheridos á la Religion. Nada hay para ellos mas caro que los intereses religiosos: los actos de piedad en que se han ejercitado, son una ocupacion de que no pueden desentenderse. Los consuelos de la Religion son para ellos una necesidad, y por eso están muy distantes de renunciar á estos sentimientos suaves, asociándose á las

criminales aspiraciones de los impíos. Foméntese la piedad para que no se olviden las leyes del amor santo, y entonces los fieles se verán detenidos con deliciosas prisiones, que no les permitirán separarse de la Religión que tienen la dicha de profesar. El amor es una cadena de oro que conserva al cristiano enlazado con Dios y en la posesion del don inestimable de la fé. Del amor ha procedido el Catolicismo; sus preceptos se fundan en el amor; sus prácticas son un estímulo vigoroso para el amor; su doctrina predica el amor: ¿quién desde luego no comprende que el amor contribuye á la conservacion del espíritu religioso, y que es un vínculo sagrado que preserva al cristiano de la indiferencia y de la apostasía?

El amor del prójimo es tambien una fuerza que produce los mismos resultados. Este amor es el instrumento de que se ha servido la Providencia para la propagacion de la fé; pero absteniéndome de entrar en consideraciones sobre esta fuerza de expansion que en él se admira, es mi ánimo limitarme á exponer la influencia que ejerce para la conservacion de las creencias católicas.

La caridad cristiana exige de nosotros que nos intereseamos vivamente por nuestros hermanos, cuando los veamos en alguna situacion poligrosa: la Religión perfecciona en este punto los sentimientos benévolos de la naturaleza. Si hemos de llorar con los que llo-

ran, segun el documento del Apóstol; (*) si debemos consolarlos y permanecer á su lado, segun la doctrina del Eclesiástico; (**) si hemos de amar á nuestros semejantes, no de palabra y de lengua, sino de obra y de verdad, como decia el discípulo amado: (***) ¿corresponderemos á nuestra vocacion al Cristianismo, si no volamos á auxiliar á nuestros hermanos constituidos en algun inminente riesgo? ¿Nos podremos gloriarnos de que los amamos segun el espíritu del Evangelio, si permanecemos indiferentes al verlos expuestos á perder el don preciado de la fé? La caridad entonces ordena que atendamos á la situacion del que se halla colocado en tan grave peligro, para preservarle de la caida en el error, que es el infortunio mas lamentable que pudiera acontecerle.

Esta caridad se ha ejercido en la Iglesia desde los tiempos apostólicos con ardoroso celo y prudente sagacidad. Los ministros de la Religion han multiplicado siempre sus esfuerzos para impedir la realizacion de los proyectos criminales de los incrédulos y de los hereges. Apenas el error ha amenazado invadir la heredad del Señor, se han publicado luminosos escritos, que han dado á los fieles la voz de alarma, previniéndolos contra las asechanzas de sus enemigos. En casos semejantes se escucha con frecuencia la voz de los

(*) Rom. 12, v. 15.

(**) 7, v. 38.

(***) J. Joan. 3, v. 18.

ministros evangélicos, que con fervoroso anhelo descubren á los católicos los caminos peligrosos que tienen ante sus pies, y los exhortan á guardarse de los lazos que se les tienden. En estas piadosas tareas los simples fieles secundan á veces los trabajos de los ministros de la palabra, ya empleando sus conocimientos en defensa de las sanas doctrinas, ya separando á sus hermanos de las ocasiones de seducción que pudieran lanzarlos en la apostasía. De este celo y de esta perseverancia con que se trabaja en la Iglesia para que no pierdan la fé los que tienen la dicha de profesarla, ¿no podemos nosotros mismos dar testimonio? Los peligros toman nueva forma; pero la caridad siempre aparece dispuesta á impedir el mal, cualquiera que sea el terreno que se escoja para la lucha. La caridad enseña, aconseja, reprende, intimida, insta, no descansa, y con una infatigable solícitud evita los males que atraerian sobre sí los fieles, si cediesen á los medios de seducción adoptados por los enemigos de la verdad católica.

Hemos visto en el amor de Dios una fuerza poderosa para resistir á los dardos de la incredulidad y destruir las redes tendidas por los sectarios. Hemos descubierto cuán fecundo es el amor del prójimo para excogitar medios eficaces con que se impida la caída de los fieles en el abismo del error; ¿y no diremos que el amor es un muro de bronce que defien-

de el robusto alcázar del Catolicismo, y que este recibe del amor una parte muy considerable de la fuerza que ha ostentado en todos los siglos? Busquemos igualmente esta fuerza en la humildad, que es otra de las virtudes capitales que inspira la verdadera Religion.

¿Quién habia de sospechar que la humildad seria el camino del triunfo? El que desea realizar sus proyectos á pesar de la resistencia de poderosos adversarios, procura rodearse de la fuerza material y preparar los recursos que conceptúa necesarios para el fin que se propone, y solo cuando por estos medios se considera fuerte, concibe la esperanza de triunfar. Pero Jesucristo al establecer el Catolicismo puso en práctica principios enteramente opuestos. Ha dado á su Iglesia las armas de la humildad, y ha querido que por medio de las humillaciones se obtenga la victoria.

«No habeis de ser como los príncipes que ejercen sobre los pueblos una imperiosa dominacion: el que entre vosotros sea mayor, debe conducirse como el menor de todos.» (*) Así hablaba Jesucristo á sus discipulos, preparándolos para realizar el grandioso proyecto de traer á los pueblos al conocimiento del verdadero Dios y al ejercicio de las virtudes cristianas. Este sabio documento ha sido fecundo en consecuencias convenientes para el bienestar de la humanidad. Ha impedido los abusos de fuerza y la resistencia re-

(*) Luc. 22, vv. 25, 26.

belde á los poderes legitimos. Nada hay que tanto pueda contribuir á la consolidacion del órden público.

El orgullo por el contrario es una fuente inagotable de calamidades, tanto en el órden espiritual como en el temporal. En él tuvo principio toda perdicion, como decia el anciano Tobías. (*) Él ha producido lamentables trastornos en la sociedad y en la Iglesia. La historia contemporánea ha añadido tantas pruebas á las que habian ofrecido los siglos precedentes, que no es posible dudar. Observamos que la razon orgullosa rechaza toda subordinacion, y precipita al hombre en senderos erizados de escollos. Las masas se conmueven como las olas del mar: los tronos se han derrocado: los príncipes gimen alejados del suelo patrio: las dinastías se han cambiado: las constituciones se han multiplicado: las discordias civiles han paseado su carro devastador por los paises mas florecientes: ha huido la paz hasta del seno de las familias; y la anarquía pugna por establecer en todas partes su ominoso imperio. ¿De dónde tantos estragos y tantas oscilaciones sino del orgullo que ha invadido las naciones y las impele contra el principio de autoridad? Estos instintos de rebellion son un peligro para la sociedad; y porque lo son igualmente para la fé, Jesucristo quiso oponerles un robusto dique en el espíritu de humildad que dejó recomendado, diciendo: «Apre-

(*) 4. v. 14.

ded de mí que soy manso y humilde de corazón.» (*)
Por medio de la humildad preparaba los corazones para que permaneciesen adictos á su doctrina y sometidos al yugo suave de su ley.

El orgullo opone á las verdades católicas una resistencia obstinada. Los judíos rehusaban admitir la doctrina del Salvador, porque su orgullo no les permitía reconocer por maestro al que les reprobaba sus vicios, y fraternizaba con los humildes, prodigándoles preferentes atenciones. Así mismo se mostraron indóciles á la predicación de los Apóstoles, porque no podían tolerar que los beneficios de la nueva ley se ofreciesen á los pueblos idólatras lo mismo que á ellos, que estaban orgullosos de los privilegios que creían exclusivamente corresponderles. Los filósofos paganos, aunque convencidos de lo monstruoso de su doctrina, se solían mostrar poco dispuestos por su orgullo á someterse á la sencillez de la fé; introduciendo en ella modificaciones contrarias á su verdadera índole. El orgullo ha sido también el estímulo que ha sublevado á los heresiarcas contra la doctrina de la Iglesia, y el obstáculo que á veces les ha impedido reconocer sus errores y acogerse al seno de la verdadera Religión. ¿Y qué diremos de los incrédulos que no queriendo pensar ni creer como el pueblo, tienen la pretension orgullosa de aparecer como maestros y oráculos

(*) Matt. 11, v. 29.

de la humanidad, á quien seducen y desprecian? Están distantes de someterse al magisterio de los Pastores, porque no impera en sus corazones la humildad.

Por el contrario, los hombres de fé que han brillado en la Iglesia, han subordinado su inteligencia á las inspiraciones de la Religion, y han acatado las decisiones de los Pastores. La humildad ha salvado sus creencias en las situaciones difíciles. Ella hace duraderas las relaciones que existen entre los Prelados y los fieles que les están encomendados, y asegura la obediencia á las sabias prescripciones con que la Iglesia procura alejar á sus hijos del error. Ella es un principio de obediencia y de órden, y por tanto es para el Catolicismo, como para cualquiera otra institucion, un elemento de estabilidad. El Evangelio ha tenido siempre prosélitos constantes y esforzados, porque al llamarlos á sí les ha inspirado sentimientos de sumision; enseñándoles que han de principiar por ser humildes, si desean ser exaltados, y obtener los beneficios que la Religion promete. El Catolicismo será siempre fuerte [por la humildad de sus hijos; porque esta los conserva subordinados á la doctrina católica, y los poderes terrenos no alcanzan á romper estos sagrados vínculos. Tiene tambien un principio de fuerza en el desprendimiento de los bienes de la tierra, que es otra de las virtudes que recomienda.

Desde el principio de la Iglesia católica se ha ob-

servado en ella un espíritu de sacrificio, que no puede menos de fijar la atención del filósofo cristiano. Los primeros discípulos destinados por Jesucristo para la predicación del Evangelio, supieron corresponder á su vocación á pesar de que no podían prometerse ventajas en el orden temporal. ¿Cuáles podían esperar, conociendo que iban á combatir ideas profundamente arraigadas en los pueblos, á ponerse en contradicción con las preocupaciones generales, y á arrostrar el furor y la venganza de las potestades del mundo, estando ellos desprovistos de todo poder humano y faltos de recursos para enfrenar la violencia de sus enemigos? ¿Qué podían prometerse cuando los perseguidores les hacían sentir su yugo de hierro, los condenaban á crueles tratamientos y los entregaban á los verdugos para hacerles sufrir el último suplicio? Los tormentos no fueron suficientes para vencer su constancia, y terminaron gloriosamente su carrera, dando un público testimonio de sus creencias y de su invencible fortaleza. El desprecio, la crueldad y la injusticia se estrellaron en aquellos corazones impávidos, resueltos á perderlo todo antes que á Jesucristo.

Estos esfuerzos sobrehumanos hubieron de reproducirse en los ilustres varones que posteriormente vinieron á continuar la obra de la propagación de la fé. Se han sucedido hasta nuestros días estos intrépidos soldados del Catolicismo, que obedeciendo al llama-

miento celestial, han abandonado sus hogares, se han privado de su bienestar, y han trabajado con vigoroso ardimiento en la empresa que se les habia encomendado. Del seno de las naciones civilizadas, donde se rinde culto á la opulencia y á los goces paganos, salen estos mensajeros de la Divinidad, que todo lo sacrifican con noble desprendimiento á los intereses sagrados de la fé.

La misma disposicion han manifestado en los tiempos de peligro y de conflicto innumerables cristianos, que perseguidos sin piedad por su constancia en la profesion de la Religion católica, perdian sus riquezas, sus honores y su consideracion social, y sufrían el destierro y la muerte por no renunciar á sus creencias. Durante los rigores de las persecuciones se han multiplicado estos prodigios en todas las edades, sexos y condiciones, cuyo heroismo ha sido el objeto de los elogios de la posteridad y de los homenajes de la Iglesia.

Este espíritu de sacrificio con que se ha extendido el reino de Jesucristo, y los fieles han conservado la joya inestimable de la fé, está íntimamente enlazado con el desprendimiento de los bienes y goces terrenos, inspirado por la Religion. Los que viven entregados á los placeres y hacen consistir su felicidad en la abundancia de los recursos materiales; los que tienen sus corazones enervados por el influjo mortífero de estos goces, ¿estarán favorablemente dispuestos para entrar en una vida de privaciones, y desprenderse de



todo en obsequio de la fé y por no caer en la apostasía? Los sacrificios ¿hubieran sido tan frecuentes y generales en los hijos de la Iglesia, si no hubiesen estado prevenidos para la lucha con el desprendimiento que inspira el Catolicismo? Este descubre al hombre opulento la vanidad de los bienes que posee, la brevedad del tiempo en que ha de poseerlos, y los obstáculos que han de ofrecerle en el camino de la bienaventuranza. Al que vive en la indigencia, le consuela recordándole los ejemplos que abundan en los anales eclesiásticos, de cristianos fervorosos que se han despojado de todo por seguir á Jesucristo, y conquistar un galardón inmortal. A todos finalmente ofrece el ejemplo del divino Maestro, que siendo el Señor de todas las cosas, quiso privarse de ellas para enseñar á los suyos á despreciarlas.

El cristiano sabe que la indigencia no degrada y que el sacrificio enaltece: por estas convicciones se ostenta fuerte al cumplir las difíciles funciones del apostolado, y al sostener rudos combates en defensa del sagrado depósito de la fé. ¿Qué no puede esperarse de hombres desprendidos del amor á los bienes de la tierra? El Catolicismo forma estos héroes, y por ellos es fuerte, porque el valor desinteresado que les inspira, proporcionándole días de gloria, extiende y consolida su imperio.

Si alguno vacilante en la fé me preguntase si este

imperio puede ser destruido, me bastaría contestarle, que segun las promesas consignadas en los libros santos, ha de durar hasta la consumacion de los siglos, y por tanto el brazo del Todopoderoso le sostiene y no permitirá su destruccion. Pero además de esta fuerza exterior que le defiende, posee una fuerza intrínseca que le hace superior á los golpes de sus formidables enemigos. La doctrina católica ha de guiar siempre como brillante faro á los que caminan expuestos á quedar sepultados en las olas del error. Ella nunca será mancillada, porque su pureza está encomendada á los enviados del Señor. La Iglesia es un cuerpo admirablemente organizado: ¿quién podrá romper los vínculos estrechos que han de unir siempre á sus miembros entre sí y con su cabeza? El amor, la humildad y el desprendimiento de las cosas terrenas afirman estos vínculos, y aseguran el reinado de la doctrina del Salvador. ¡Cuántos elementos de fuerza y estabilidad! Justo será por tanto que cuando veamos combatida la causa del Catolicismo, confiemos en su fuerza intrínseca é indestructible y especialmente en la proteccion del Todopoderoso, como lo está practicando el gran Pontífice, que cercado de peligros y envuelto en los horrores de la tempestad, contempla tranquilo el porvenir, porque está lleno de fé.

Ese porvenir, amados jóvenes, os pertenece. Acaso nosotros estaremos destinados á terminar nuestra car-

ra antes de aparecer los hermosos resplandores del nuevo sol; pero moriremos con la consoladora esperanza de que los enemigos de la Iglesia caerán á su diestra y á su siniestra, y entretanto ella seguirá ejerciendo sobre la humanidad su saludable imperio. Vosotros aspirais á ser sus generosos combatientes: defendedla con valor, y no temais que perezca. Aprestad las armas para el combate; ellas son la ciencia y la virtud. Recordad los nombres gloriosos que os han precedido; aquellas grandes figuras que han fijado las miradas de los siglos; los Padres y los Doctores, que hicieron de su ciencia y su virtud las armas con que alcanzaron brillantes triunfos. Ellos estudiaron con perseverancia para cumplir la mision á que los destinaba la Providencia: imitad sus ejemplos, y hareis que las ciencias eclesiásticas adquiridas ventajosamente por vuestra aplicacion, sean provechosas á vuestros semejantes y de feliz influencia para la Iglesia. Ella os reserva sus bendiciones, si correspondiendo á la solicitud de nuestro Emmo. Prelado y á los desvelos de vuestros profesores, salis de este religioso asilo para consagrar á Dios lo que de Dios hayais recibido, é influir en beneficio del pueblo, afianzando en él los sentimientos de Religion, que son una prenda de paz y de ventura y la salvaguardia de los intereses públicos.

